La primera vez que Areilza, cruzó como ministro los Pirineos, sus pasos podían resumirse así: «Necesitamos que nos crean». Se hizo lo indecible para conseguirlo. En plena efervescencia de huelgas y comparencia de ilegalidades, el liberalismo se administró con mimo. Fue tanta la mano libre, que el bunker se cabreó, la derecha económica miró con temor al tendido, y hasta la izquierda pareció de alguna forma ilusionada. Si en este país no tuviéramos tanto miedo a las palabras, ni montáramos tanto teatro en torno a lo que es sentido común, éstas que acabamos de vivir serían las primeras jornadas de lo que el equipo de Estado de la democracia cristiana calificó como «etapa de humanización». Para consolidarla, bastaría el gesto de la amnistía, en franco reflujo de opinión pública.

A los hechos.—Ahora, Areilza volvió a cruzar los Pirineos. Fue a decirle a Europa que el democratizar es una «tarea lenta», que no deja de ser una puesta en román paladino del «sin prisas, pero sin pausas». Europa le contestó que «de acuerdo», que «sigan ustedes su camino», pero que sin ese horizonte no hay luna de miel en el paraíso del Mercado Común. Para el desarrollo político español hay dos Europas: la de los partidos, que asiste a lo nuestro como a una película de vaqueros, pidiendo que ganen los buenos, y la de los Gobiernos, que vela por sus intereses y parece haber establecido un acuerdo tácito de apoyo a la «línea reformista».

Ahora, pues, cuando el programa político se va perfilando en líneas —presumiblemente— en fechas la segunda etapa es la de ofrecer una imagen de serenidad y pedirle al exterior y al interior una sola cosa: comprensión. La tarea es lenta y se ha dicho y lo que hay que entender es que no todo lo existente es válido pero que en algunas cosas tampoco se puede llegar muy lejos. ¿Lejos de qué? Hasta ahora nos hemos emborrachado de la palabra «democracia». El próximo capítulo pasadas ya la credibilidad, la serenidad y la comprensión tiene que ser los hechos con concreciones, metas y plazos. Esas palabras no las tiene ninguno de los grupos que

El péndulo

cada día afloran —ayer nació una «agrupación liberal democrática» se anuncia que Calvo Serer y Treviño van a constituir otro partido— sino el Gobierno.

EUFEMISMOS. — Ahora, el desmentido (ante la directiva de la asociación política ANEPA) de que el presidente haya utilizado la palabra «partidos» en sus declaraciones a «Newsweek» da un nuevo giro a los acontecimientos. Sin embargo, yo me atrevo a preguntar: ¿Qué importan las palabras? Plantear una polémica entre «asociación» y «partido» es como ponernos a discutir si lo que ocurre en la «Standard» es un «paro» o es una «huelga». El país se pasó treinta años viviendo de eufemismos y, al final, hubo que aceptar una forma de legalidad de la huelga, con ese nombre. Con los partidos me temo que va a ocurrir lo mismo, más tarde o más temprano, por la simple razón de que no estamos en condiciones de cambiar el vocabulario mundial, si los fines y los procedimientos son prácticamente los mismos. Lo que ahora importa realmente —y lo que importa para la atracción de los más reticentes— es saber cuál ha de ser el terreno de juego en que desarrollarán su actividad. Es decir: movimiento o esferas jurídicas y administrativas del Estado.

CONVERGENCIAS. — Mientras tanto, las fuerzas políticas se siguen despreciando, corren todas juntas al grito de «unidad», y el socialismo es el punto de mira de todas las atenciones. Como izquierda, Sánchez de León le invitó a integrarse. Llamas a sus puertas —generosamente abiertas a la prensa— y te contestan que todavía no es el momento. En ese ambiente, surge una nueva entidad de agrupación: la asociación de amigos del Sahara. Surge con fines fundamentalmente culturales y humanitarios, pero, jope, la primera lista de firmantes es la

mayor plataforma de convergencia que se recuerda, con socialistas, liberales, funcionarios rebeldes, artistas, escritores y otras de vocación política sin poltrona.

LA LUCHA. — Laboralmente, atención al día 12, lunes. La mala suerte hizo que sea fecha para las repetidas y fracasadas «jornadas de lucha», coincidiendo con conflictos laborales ajenos a esas intenciones revolucionarias. Sin embargo, algo de positivo tiene el que se pueda hablar de estas «jornadas»: el poder diferenciar entre conflicto laboral y lucha puramente política. Para iniciar una senda de entendimiento, los obreros de la construcción persisten en su actitud de acudir al recurso de la huelga, pero con una condición: que no coincida con esta fecha. Al final va a resultar, como siempre que la moderación viene de abajo.

EN SU SITIO. — En este ambiente, uno de los hechos públicos más notables de los apasionantes días que transcurren, es la nota del Ministerio del Ejército. Se da a luz después de las declaraciones de que el estamento militar no interviene en asuntos políticos. He aquí su oportunidad. A las fuerzas de orden público les correspondió muchas veces, en aras del orden que protegen, defender intereses privados. Ahora, las fuerzas armadas, en las que aquellas se integran, puntualizan que su gesto es un servicio al pueblo, exclusivamente al pueblo. La prueba de ello es que se presta con carácter gratuito. Al margen del gran folklore nacional que pueda existir, significa un avance hacia la clarificación que cada cosa se empiece a poner en su sitio.

Ya ayer, viernes de misterios dolorosos, reapareció «Triunfo», un poco más vacía que cuando Fraga la situaba en la acera contraria de «Fuerza Nueva». Estratégicamente, el poder perdió con esta revista una baza para su cuenta de «manos blancas». Apareció al mes y medio del indulto, pero sin que esta gracia le fuese aplicada. ¡Costaba tan poco!

● Fernando ONEGA

TEMA INTERNACIONAL

Nunca o casi nunca los occidentales hemos comprendido el alma oriental. Uno de los mayores vicios de los occidentales —como del hombre en general— ha sido medir todo lo que nos rodea por el rasero de nuestra formación o de nuestro interés. Algo o alguien es malo si no está de acuerdo con otros. Algo o alguien es bueno si se pliega a nuestra manera de ser o a nuestros intereses. China, la gran China, ha sido siempre un misterio para Occidente. Durante años y años, los Estados Unidos dividieron en dos al pueblo chino. Aquellos que se podían manejar como marionetas y aquellos otros irreductibles, firmes en su propósito, decididos a

ESPECULACIONES SOBRE CHINA

llevarlos a cabo, al margen de lo que pase en el otro lado del mundo. De un plumazo, Washington creó un enemigo para el progreso occidental. Y durante años y años, la gran China estuvo marginada de la comunidad internacional. Washington esperaba la caída del tigre chino. ¿Quién puede vivir en el mundo sin la ayuda del portentoso gigante que son los Estados Unidos? La alineación de la Unión Soviética junto a aquella gran China era suficiente para señalar al enemigo. Pero ¿se preocupó algún dirigente de los Estados Unidos en comprender que China seguía un camino hacia unas mismas metas de revolución social que tantos y tan-

tos países del occidente? La gran China necesitaba una gran revolución social, con todos los beneficios y todas las taras que ello conlleva. Moscú se percató mucho antes que Washington y trató de, explotar esa necesidad revolucionaria en su propio beneficio. Tuvo visión «oriental», pero sus modos y sus maneras terminaron «occidentales». Y la gran China, que había levantado Mao Tse-Tung, fue literalmente empujada, a forzar una tercera vía si quería subsistir.

La enemistad de los antiguos aliados USA y URSS dejó en el claroscuro de la política internacional a la China de Mao. Con sus ochocientos millones de habitantes, un mercado fabuloso para la gran industria norteamericana, representaba una enorme tentación para el comercio exterior norteamericano. Y fiel a su máxima de sustituir los imperios territoriales por los imperios económicos Kissinger, secretario de Estado norteamericano, comenzó a limar asperezas y a convencer a Nixon, primero, y a Ford, después, de que la China de Mao no podía quedar marginada ante una posible confrontación con la Unión Soviética, introducir cuantas cuñas se pudiera entre los dos colosos de Asia supondría un éxito para la política asiática de Washington. ¿Que había que sacrificar a viejos aliados como Vietnam del Sur, Camboya, Laos, etcétera? Se les sacrificaba en aras a la amistad chino-norteamericana. Haría falta saber si esa política conseguía alinear decididamente a Pekín en la esfera de los Estados Unidos. Pero una vez más, Washington se equivocó. Pekín supo sacar provecho de las coquetadas equivocadas de occidente. Sus fricciones con la Unión Soviética fueron exageradas. Simples algaradas de dos vecinos poderosos se presentaron a la opinión pública como preludio de una guerra entre los dos colosos. Sin embargo, los chinos saben que sus intereses, que su supervivencia, que el alcance de sus metas previstas y milimetradas con cálculo oriental, no pueden llevarles a un enfrentamiento armado a gran escala con Moscú, como antes no podían permitirse un conflicto armado con los Estados Unidos.

Ahora ha muerto Chu En-Lai, primer ministro chino y uno de los viejos camaradas del presidente Mao. Pero ¿qué más da? Para China, representa una gran pérdida. Pero no así para el engranaje de la política internacional china, por mucho que ahora los observadores políticos comiencen a hacer especulaciones sobre la nueva dirección de la política china. La desaparición de Chu En-Lai podrá desencadenar una lucha más o menos sorda por la sucesión en Pekín. Pero los chinos son imperturbables. Saben lo que quieren, qué quieren y por dónde quieren ir. Con Chu En-Lai o con su posible sucesor Tegn Hsiao-Ping. Vendrán, quizás, nuevos dirigentes, seguramente más tecnócratas y más apolíticos. Pero en la línea de su política exterior, China seguirá el camino de no forzar las circunstancias que le permiten hoy alinearse junto a todos los movimientos revolucionarios del mundo, sin perder un ápice de su sonrisa y de sus verdaderas intenciones, que no son otras que su propio desarrollo, acorde con una población de ochocientos millones de almas.

● Fernando LATORRE

ACLARAR LAS CUENTAS

Al entrar en el quinto día de huelga del Metro, siguen siendo necesarias algunas consideraciones generales. El tema no se agota ni en la contemplación del perjuicio público, ni en la condena de actitudes, ni siquiera en esa espectacular noticia de que ayer, y sólo ayer, comenzaron los contactos directos entre el capital y el trabajo, que una de nuestras Leyes Fundamentales coloca en igualdad de condiciones en la unidad denominada empresa.

Apuntábamos ayer la necesidad de que la autoridad competente —y no hay otra que el Gobierno— encuentre, con datos y documentación suficiente, una salida justa. Tenemos la confianza de que los equipos que trabajan en la Organización Sindical legren desenmascarar el tremendo barullo de las ampliaciones de capital habidas a lo largo de la vigencia del convenio colectivo, del rumor persistente de que se han repartido beneficios a cargo del capítulo de amortizaciones, de los índices que pueda suponer la cotización en Bolsa y, en definitiva, de la razón obrera cuando muestra nóminas como la siguiente: una empleada, con veintitún años de antigüedad con prima de asistencia,

con premio de puntualidad, con plus de convenio, con ayuda familiar, con parte de taquilla, con material de escritorio y —sorpréndase el lector—, contando la paga de Navidad, percibió el último mes de diciembre la cantidad de 21.716 pesetas.

La nómina de un empleado, de cuya modestia, dan idea estos datos, aparece resplandeciente, sin trampa ni cartón, disponible para que el Fisco o la Seguridad Social le apliquen con todo el rigor preciso la regla de sus descuentos. Esto, obviamente, no es un problema del Metro. Es un problema de todos los trabajadores del país, en abierta desventaja con quienes realmente tienen poder para la evasión fiscal.

Pero no es éste el tema de nuestro comentario. El tema es que, para desenmascarar la cuestión de los dividendos, las acciones y los beneficios, tiene que reunirse una comisión de expertos sindicales, que lleven un mínimo de dos jornadas estudiando números y posibles escapes de esa materia escurridiza que se llama dinero. Nosotros, con toda la gravedad que el caso requiere, queremos preguntar qué se ha hecho en general de esa norma vigente

no derogada, ni anulada, ni superada todavía, que es la ley de Jurados de Empresa. Esa ley establece que los libros de contabilidad han de ponerse a disposición de los jurados. Cuando la norma fue dictada, en este periódico no hemos regateado elogios para esta «apertura» interna, que se nos presentaba como una forma de encontrar la transparencia precisa para conseguir la paz social. No dudamos de que estos libros han sido puestos a disposición de los representantes sindicales. Pero muy poca fiabilidad deben de tener cuando es precisa una rigurosa comprobación posterior.

No vamos a descubrir ningún mediterráneo si decimos que antes de dictarse la ley que nos ocupa, el capitalismo había inventado la doble contabilidad. Sin juzgar que se utilice en ninguna empresa de cara a la parte social, si hemos de convenir en que es un riesgo tentador. Quisiéramos que estas meditaciones que desenfadadamente hacemos públicas, nos llevaran de alguna forma a esa «raíz del mal» de que habíamos hablado también ayer. Porque, de lo que estamos convencidos es de que el trabajador español está suficientemente maduro y es lo bastante res-

ponsable como para no embarcarse en un conflicto —dicen que «salvaje»...— cuando no exista realmente causa para ello, o indicios para pensar que las causas son así.

En este comentario hemos utilizado una nómina. Está, sin duda, por encima del salario mínimo. Pero está, también sin duda, muy por debajo de las necesidades de una sociedad de mercado caro. El Gobierno, en su ponderada y elogiada nota del día de Reyes, aludió a unas cuantas normas que se podrían utilizar, desde el Código Penal a la ley de Movilización. Hoy, nosotros queremos fijarnos especialmente en las palabras del Rey que hablaban de dar trabajo que permita a quien lo ejerce mantener con dignidad su vida personal y familiar. Es posible que algunas empresas privadas no puedan todavía colaborar en esta aspiración. Es posible. Pero eso hay que demostrarlo, como sabiamente dispuso quien redactó la ley de Jurados de Empresa. Y si pudiesen existir susceptibilidades, incredulidades, dudas de veracidad, el corregir ese peligroso mal sólo es tarea de una institución: el Gobierno. No le faltarán asistencias populares para ello.